

Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO

SUMARIO

TEXTO

DE TODO UN POCO

POR

Luis Taboada

EN EL ÁLBUM DE UNA JAMONA

POR

José Jackson Veyán.

EL ORDEN SOCIAL

POR

Sinesio Delgado

LA VENGADORA

POR

Emitio Sánchez Pastor.

TRES ESTADOS

POR

José Estremera.

ZARAGÜETOMANÍA

POR

Juan Pérez Zúñiga

LIBROS

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

ANUNCIOS



GRABADOS

UN ESCÉPTICO

EL ORDEN SOCIAL

ACTUALIDADES

(cinco viñetas)

LA VENGADORA

(cuatro viñetas)

POR

Cilla

NATIVIDAD BLANCO

(fotografía directa)

Un escéptico.



En comprándolas moños y alfileres...
no creo en la virtud de las mujeres!



DE TODO UN POCO

Antes de salir de Madrid los peregrinos, han querido despedirse de sus familias con banquetes y otros regocijos cristianos.

Don Agapito, que es un romero de los más fervientes, y por cierto que recibió una pedrada en Valencia junto al húmoro, ha reunido en su casa, antes de emprender el viaje, á varias personas de su estimación, obsequiándolas con cordero asado, merluza frita, pasas, almendras y requesón.

—Mamá—pregunta D. Agapito á su suegra, señalando al cordero.—¿Quiere usted muslo ó vientre?

—Prefiero los menudillos interiores—contesta la interesada.—Á mí lo que más me gusta es el corazón.

—No lo encuentro.

—¿Será posible?—exclama una cuñada de D. Agapito, que es soltera y poetisa.—¿Se puede, acaso, vivir sin corazón?

—Puede que los corderos no lo tengan. ¡Cómo son irracionales!—replica D. Agapito.

—¡Ay!—dice la cuñada suspirando.

—¿Qué tienes, Amalita?

—Me acuerdo de Rodolfo. ¡Cuánto estará sufriendo á estas horas, separado de mí!

—No me hables de ese monigote—ruge la madre.—¿Quién le ha mandado salir de Madrid?

—El pobre ha tenido que ir á ver á un tío suyo, sacerdote, que está con las viruelas locas. ¡Ay! ¡Si se hallara aquí! ¡Á él que tanto le gustan las asadas carnes!

La tristura de la cuñada no interrumpe la felicidad de los demás miembros de la familia, que comen bien, beben mejor y se disponen á bailar cuando lleguen los amigos invitados al efecto.

El primero que aparece es Crisanto, dependiente mayor de una tienda de objetos de escritorio y zarzaparrilla concentrada, gran flautista, que toca toda *La Traviatta* y parte del *Trovador* sin papel, y tiene un repertorio de walses y polkas que da gusto.

—Va usted á tomar unas pasitas en honor del Sumo Pontífice,—dice D. Agapito al verle entrar con la flauta enfundada.

—Gracias; no acostumbro. En este momento me levanto de la mesa.

—Tome usted entonces un poco de requesón.

—De ningún modo.

—¿Le gusta á usted la escarola?

—Por complacerle á usted tomaré un par de hojitas.

Crisanto se pone á comer escarola, como un grillo, y después mete mano al requesón y lo deja temblando.

—Está muy rico, ¡caramba! ¿Dónde lo compran ustedes?—dice el flautista relamiéndose.

—Lo hacemos en casa con almidón y sesos de ternera—responde la esposa de D. Agapito.

Cuando entran los demás amigos invitados, se muerden los labios de envidia, porque ven comer á Crisanto, y á ellos sólo les ofrecen unas cortecitas de queso de bola que parecen de hoja de lata.

—Ya se ve—dican aparte,—como Crisanto toca un instrumento, son para él todas las preferencias.

—¡Ea, á bailar!—grita la suegra,—para que aquellos señores no scaben con lo poco que queda sobre el mantel.

Y comienza el baile.

Crisanto se sienta en sitio preferente y rompe á tocar como si le corriera prisa. De cuando en cuando D. Agapito se le acerca para decirle:

—Si desea usted humedecerse la boca con cualquier cosilla, avíse usted.

—Bueno; diga usted que me traigan un poco de agua con vinagre, porque me reseco.

Todo el mundo es feliz, á excepción de la cuñada, que suspira por su Rodolfo.

—¿Ha tenido usted carta?—le pregunta una amiga.

—Sí—contesta ella enjugándose las lágrimas.

—¿Y cuándo viene?

—No lo sabe todavía, porque su tío quiere que le acompañe á Roma en clase de peregrino soltero.

—Rodolfo está en Asturias, ¿verdad?

—Sí, señora, y ha tenido que pasar á pie el puerto de Pajares, porque los trenes no circulan á causa de la humedad.

—¡Pobrecillo!

—Y lo peor es que como padece tanto de los juanetes...

Crisanto, á ruegos del público, comienza á ejecutar en aquel momento el *miserere* del *Trovador* con ayuda de D. Agapito, que imita el sonido de la campana fúnebre, dando golpes con un cuchillo sobre una bandeja.

Pero como nunca falta gente antiartística y mal educada, algunas parejas comenzaron á bailar el *miserere* creyendo que era una gu-racha, y Crisanto, entonces, herido en su dignidad, cogió el instrumento con rabia y lo guardó en su funda.

—¡Hombre! No se incomode usted—le decía el dueño de la casa.

—Los pobres no sabían que tocaba usted una pieza de ópera seria.

—¡Que lo aprendan!—gritaba Crisanto, metiendo la flauta en el bolsillo del gabán y echando fuego por los ojos.

Y como no había quien tocara, la reunión se fué disolviendo poco á poco, hasta dejar sola á la familia.

Entonces dijo la suegra al yerno peregrino:

—No te quieres convencer de que eres un bruto.

—¿Por qué?

—Ven al comedor y te persuadirás de que la gente que convidas á tu casa no tiene principios.

—¿Qué ha pasado?

—Que tus convidados se han comido todo el azúcar que había dejado yo sobre la mesa por un si acaso. Otro día que haya peregrinación piense guardar el azúcar y el pan y los palillos. ¡Gorrones! ¡Sinvergüenzas!

—Señora, no se hace usted cargo de que soy peregrino y debo guardar las formas. Y sobre todo, lo que he perdido en azúcar lo he de ganar en indulgencias.

—En ese caso...

Luis Taboada.

*

EN EL ÁLBUM DE UNA JAMONA

Ya que su álbum me confía,
y la franqueza me abona,
le diré, señora mía,
que es usted una jamona
en buen uso todavía.

Yo sé muy bien que á los veinte
mil disgustos habrá dado,
y declaro francamente
que hace olvidar el presente
el recuerdo del pasado.

No se encuentra, amiga mía,
cincuenta que la iguale,
y pienso con alegría
lo mucho que usted valdría
por lo poco que ahora vale.

Sus ojos ya oscurecidos,
con esos párpados rojos,
declaran adormecidos
los rayos de luz salidos
por el volcán de esos ojos.

Perdieron sus resplandores
las negras niñas de amores,
y en vano los ojos guiñas,
porque aquellas pobres niñas
son ya personas mayores.

De tu boca sonriente
la entrada un lunar acecha
asomándose inocente;

¡No vi boca más estrecha
ni lunar más imprudente!

Si en aquel tiempo pasado
suspiraste de amor loco,
el suspiro enamorado
¡qué trabajo habrá pasado
para salir por tu boca!

De tu cabello el tesoro
por la espalda se desata
y por su riqueza lloro.
¡El tiempo cambió por plata
todo aquel caudal de oro!
Contra todo mi deseo,
falté á la buena crianza
y le hablé de tí, que es feo:
Perdone usted el tuteo,
hijo de la confianza.

Yo sé que usted ha valido,
y se lo recordaré
exclamando conmovido:
«¡Ay, pobre de la que ha sido!»
y ¡ay, triste de la que fué!»

De caprichos se mantienen
las Musas, y esas bribonas
aunque las llamo no vienen.
Contestian que ellas no tienen
florés para las jamonas.

¿Y yo qué voy á escribir
sin la inspiración sagrada
que debiera recibir?...
¡Cuando ellas no dicen nada,
nada tengo que decir!

Me considero incapaz
sin ese auxilio eficaz.
¿Que aún el álbum no está lleno?
¿Que quiere mi firma?... Bueno:
pondré la firma, y en paz.

Al bendecir lo pasado
de lo presente me asusto.
¡Tarde el álbum me ha entregado!...
Si me lo hubiera usted dado
hace veinte años... ¡que gusto!

Bois Jackson Teyán.

El orden social.

Sentí con las noticias de la prensa
la indignación inmensa
que causa la locura repetida
de los que cuentan que oprimidos gimen
y aseguran que luchan por la vida
con las armas satónicas del crimen.

La sociedad entera se estremece,
la convulsión del pánico la agita
mientras abajo la marea crece
y la turba sin freno bulle y grita
detrás de este ó el otro corifeo
que predica la muerte y el saqueo.
¡Y eso no puede ser! La rabia inmensa
que tiene á todo el mundo un visionario
debe caer sobre él. Es necesario
que el mundo se aperceba á la defensa,
porque el orden social es ante todo;
no se debe alterar de ningún modo!

Vengan las leyes; hágelas cualquiera
y aplíquense sin miedo y sin ambages;
no puede estar la humanidad entera
á merced de una turba de salvajes!

Leyes terribles, implacables, duras
que corten de raíz esas locuras,
y asegurado el orden de este modo
pueda cantar el universo todo:
¡Paz á los hombres, gloria en las alturas!

.....
Y así indignado, fuerte, sostenido
por mi concepto claro del derecho,
di una vuelta en el lecho
caliente y blando... y me quedé dormido.

Como influye en el sueño grandemente
la idea fija que el cerebro asedia,
tuve una pesadilla. ¡De repente
me encontré transportado á la Edad Media!
Y era todo un señor de horca y cuchillo,
dedicado al placer de la rapiña
y amo de la campiña
que se alcanzaba á ver desde el castillo.

Tenia mi mesnada, mis caballos
y algunos centenares de vasallos
de quienes era yo dueño absoluto
y ante mí se humillaban con fe ciega
tras de pagarme, á guisa de tributo,
los mejores productos de la vega.
Y temiendo mi enojo
la plebe estaba en paz, porque sabía
que era un ser superior, y disponía
de sus vidas y haciendas á mi antojo.

Pero hete que una vez la masa aquella
de villanos pecheros
se me quejó en mis barbas de su estrella,
y yo, para acallarla... ¡eché sobre ella
la avalancha brutal de mis guerreros!

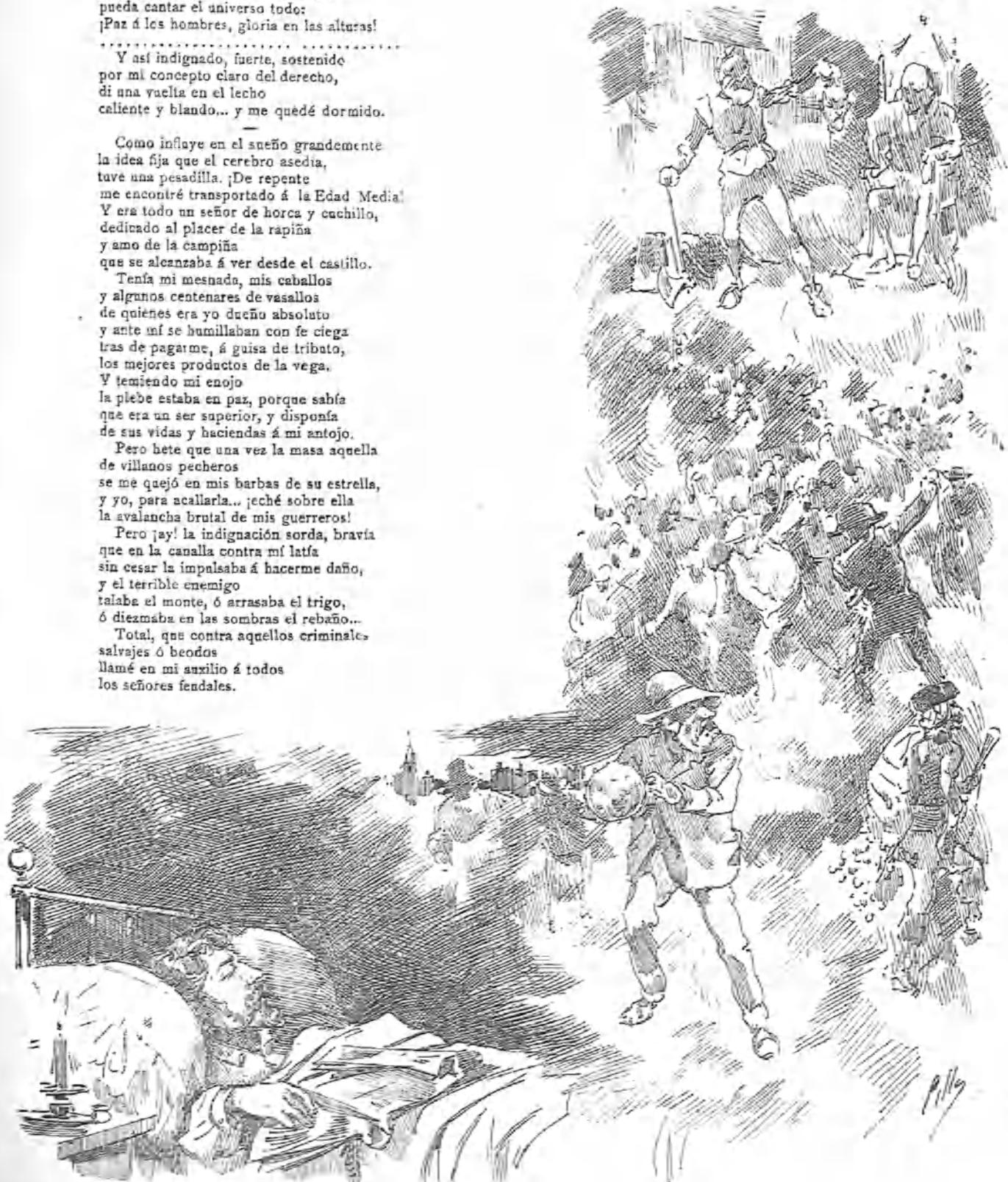
Pero ¡ay! la indignación sorda, bravia
que en la canalla contra mí latía
sin cesar la impulsaba á hacerme daño,
y el terrible enemigo
talaba el monte, ó arrasaba el trigo,
ó diezmaba en las sombras el rebaño...

Total, que contra aquellos criminales
salvajes ó beodos
llamé en mi auxilio á todos
los señores feudales.

—¡Ved, les dije, á qué estado
por la condescendencia hemos llegado!
Es preciso, señores, que acordemos
refrenar la locura y la osadía
y apelar, pues es tiempo todavía,
á recursos extremos.

Defendámonos, pues, de los bribones
inventando castigos especiales
tan tremendos y tales
que corten de raíz las rebeliones...
Para tranquilidad del mundo entero,
no ha de alterarse el orden ni un segundo,
porque el orden social es lo primero
y si llega á faltar... ¡se acaba el mundo!
¡Y ustedes piensan que dormí tranquilo
con una decisión por el estilo?
Pues no, señor; lo chusco
es que de pronto desperté asustado
y, bien despierto ya, por ningún lado
puedo encontrar la solución que busco,
y me embrollo y me pierdo
en las dudas traidoras,
pensando que á estas horas
si se hubiera cumplido aquel acuerdo...
¡la sociedad entera viviría
en pleno feudalismo todavía!

Sinesio Delgado.



Actualidades.



—Con esa esclavina y las conchas que usted tiene, podía usted haber ido perfectamente á Roma.

—Sí, pero usted no estaba á mano; y ¿cómo me iba á presentar al Padre Santo sin calabaza?



—«Las criadas de servir de Valencia han protestado de los sucesos de aquella capital.»

—¡Qué ricas! Por eso me gustan á mí tanto las criadas. Por buenas católicas.



—No siento más que no ser ministro ahora. ¡Veríamos si con los seis mil duros me asustaban á mí las comisioncitas del Senado!



—Supongamos que tú eres el Banco y te empeñas en darme billetes de mil pesetas, y yo soy el comercio y no quiero más billetes...

—¡Quiá! Tú no eres el comercio, ú has cambiao mucho de carácter dende esta mañana...



Nuestros actores, ¡qué chicos! Los italianos, ¡qué grandes! Yo no entiendo una *parola*, pero ¡vaya unos detalles!



La vengadora.

Don Crisanto era el hombre más rico de Villapobre: no se le conocía ningún vicio, y desde muy joven se había dedicado á acrecentar su fortuna, que en un principio consistía en un par de viñas de poca extensión y en algunas fanegas de tierra para labrar. Verdadera hormiguita humana, fué llevando á su granero el trigo de todo el pueblo. En cuanto reunió un exiguo capital, empezó á prestar á los labradores, y al cabo de diez años la mitad del término municipal era suyo y las mejores fincas urbanas iban ingresando en el registro de la propiedad á su nombre.

La mejor que había en el pueblo era la que llamaban del médico. Éste había muerto, y su viuda con tres hijas menores era la dueña de la casa. La pobre señora no había sabido manejar la fortuna que le dejó su esposo, y engañada por los arrendadores á quienes había entregado las tierras, desconocedora de las faenas del campo é incapaz de dirigir las, no tuvo más remedio que acudir á D. Crisanto para que fuera supliendo con préstamos las mermas que todos los años experimentaban sus rentas.

En el día que comienza esta historia no le quedaba ya á la viuda más que la casa en que vivía, y ésta, que, como queda dicho, era la mejor del pueblo, respondía ya del cumplimiento de un pago de intereses, que había de hacerse á D. Crisanto en plazo determinado. El instante del vencimiento se aproximaba, y la viuda, que veía á sus tres hijas en la calle, porque no había manera de entregar la cantidad convenida, decidió apelar al buen corazón de D. Crisanto.

La escena fué breve:

- Vengo á apelar á sus buenos sentimientos.
- Usted dirá.
- Estoy completamente arruinada.
- Pero yo no tengo la culpa; yo no he ido á buscarla. Es usted quien me pidió los favores que les he hecho.
- Usted no querrá verme pidiendo limosna con mis hijas, y eso sucederá si me quedo sin la casa.
- No querré; pero no puedo evitarlo.
- Usted tiene ya toda mi fortuna.
- Pero usted la ha entregado voluntariamente y solicitando mi dinero en sus apuros.



—La conducta de usted debía tener pena en el Código.

—Eso es una tontería.

—Pero usted no tiene en cuenta lo que van á pasar mis hijas, á quienes no podré educar!

—¿Y á mí qué me cuenta usted.

La viuda no se atrevió á seguir; la última frase de D. Crisanto, brutal, concluyente, la partió el corazón y, deshecha en llanto, salió de allí resignada á todo.

A los pocos días se cumplió el plazo, y D. Crisanto se apoderó de la finca. La viuda y las hijas del médico fueron recogidas en la botica por poco tiempo, luego abandonaron el pueblo, y nadie volvió á saber una palabra de aquella familia.

Don Crisanto tenía un hijo que difícilmente había aprendido en la escuela del pueblo las cuatro reglas de la aritmética y alguna que otra de la gramática. Como su padre era el más rico del lugar, de todos lados era objeto de tolerancias que le iban proporcionando una educación infernal. El maestro de escuela le reñía poco; los demás chicos se sometían á todos sus caprichos, porque sus padres eran deudores siempre de D. Crisanto, y Benito, que así se llamaba el ilustre vástago del usurero, llegó á ser irascible, voluntarioso, dominante, y sobre todas las cosas desaplicado y gandul. Las acciones producidas por la torcida y aviesa inclinación de Benito eran consideradas por D. Crisanto como pruebas de grandísimo talento y de felices disposiciones para seguir cualquier carrera, y aunque le gustaba el cúmulo de gastos que esto había de originarle, se resignó al fin y, previa una porción de consejos sobre el dinero que había de gastar, Benito fué conducido á Madrid por el veterinario de Villapobre é instalado en una modesta casa de huéspedes.

No hay para qué pintar los disgustos que comenzó á experimentar D. Crisanto. Cada vez que tenía que girar para el pago de matrículas y libros, el hombre sentía tentaciones de llamar á su hijo y dar por terminada su carrera; pero la codicia del porvenir podía en él mucho más que los gastos del presente. Porque es lo que él decía: —Aquí en el pueblo tendré que mantenerlo siempre, y en cambio, si es algo, ganará dinero y eso más tendremos en la casa. Benito entretanto acababa el bachillerato á tropezones y comenzaba el preparatorio de medicina, no sin que D. Crisanto advirtiera que ya no daba un cuarto para libros nuevos, y que en los baratillos podía adquirir en buen uso las obras que necesitase. La duda de si habría de estudiar con libros viejos ó nuevos la resolvió Benito no adquiriéndolos de ninguna clase y gastándose en diversiones lo que don Crisanto le enviaba con tal objeto. No teniendo libros, claro está que no se estudia, y no estudiando, no hay para qué ir á clase, y no yendo á clase, es inútil pagar las matrículas: Benito lo juzgó así, y lo que su padre le mandaba para el pago de los derechos del Estado llevó el mismo camino que el dinero de los libros. La existen-

cia fué un puro goce para el estudiante de Villapobre; tenía amigos tan calaveras como él, y se entregó á lo que constituyó el colmo de los placeres de la gente de buen gusto en la corte; esto es, á no dormir ninguna noche y á pasarse el día en la cama.

La vida nocturna es cara, y no la hubiera podido soportar sin los préstamos que fácilmente le hacía un señor que dedicaba en Madrid su fortuna al socorro de los estudiantes de padres ricos. Los primeros gastos fueron pequeños; algunas cenas en los bailes de máscaras, giras de campo... poca cosa con relación á la fortuna de don Crisanto. Pero Benito aspiraba á mayores empresas y quería á toda costa ser afortunado con las mujeres, cosa que había de darle gran reputación entre sus compañeros de vida alegre.



Sus ojos se fijaron en Clotilde la Trianera, mujer de mucha gracia en su lenguaje, concurrente asidua á los bailes de último orden y aficionada á las joyas hasta el extremo de llevar á todas partes, entre sortijas, pendientes y medallones, el escaparate de una tienda de pedrería. Al principio se burló Clotilde del aire de paleta de Benito, que aún conservaba el pelo de Villapobre, y á sus pretensiones contestaba con chistes que con su acento andaluz hacían desternillar de risa á los amigos del infeliz estudiante. Esto hirió su amor propio; maldijo su suerte por no haber nacido también en Andalucía, y procuró remediar el defecto grave de no ser un hombre de gracia por medio de soberbios regalos, para los cuales iba contratando empréstitos de interés crecido. No necesitó muchos para que Clotilde le jurase amor eterno; á los primeros brillantes entraron en formales relaciones, que se estrecharon en cuanto Benito anunció que su padre tenía las onzas á espuestas y los billetes de Banco por resmas. Lo único que ocultó Benito fué el pueblo de su naturaleza. ¿Cómo decir que era de Villapobre á una mujer cuyo apodo indicaba bien á las claras que había nacido en el mismo Sevilla?

Don Crisanto, mientras, se hacía elegir alcalde y procuraba apoderarse del ayuntamiento de Villapobre, para que el día mismo en que Benito tomase el título se le concediese la titular de Villapobre y comenzase á ensayar sus conocimientos entre los infelices habitantes de aquella aldea. El primer efecto de las relaciones de Benito con Clotilde fué para D. Crisanto la petición de una suma tan exorbitante que por un momento creyó que su hijo se había vuelto loco. Claró está que la negó en redondo, pero no se le quitaba de la cabeza un triste pensamiento. Benito no tenía su carácter, el hecho de pedir cantidad tan fabulosa para gastarla era un síntoma grave. ¿Qué iba á ser de sus onzas cuando él se muriera? ¿Qué iba á ser del oro que tenía enterrado en su propia alcoba? Sin duda su hijo profesaba la horrible teoría de que el dinero es para gastarlo.

Muchos sueños quitó esta idea á D. Crisanto; hasta pensó en no declarar su fortuna oculta ni en el testamento, para que el oro quedase sepultado eternamente en el suelo y no pudiera derrocharlo el manirroto de su hijo. Por fortuna, el tiempo le devolvió la tranquilidad. Después de aquella inaudita petición, Benito ya no volvió á hablar de dinero en sus cartas. Ni adelantos en las mesadas, ni extraordinarios antes tan frecuentes, ni renovación de ropas con arreglo á la temperatura... Nada pedía ya Benito, que vivía en Madrid sin necesidad de ningún género al parecer. D. Crisanto se guardó muy bien de preguntarle la causa de este cambio en sus cartas, para que no cayera en la tentación de volver á las peticiones del dinero. —Tendrá alguna ocupación que le produzca mucho—pensó, y se quedó tan tranquilo.

El veterinario del pueblo, que venía con frecuencia á Madrid, dió un día á D. Crisanto la noticia de que Benito estaba en relaciones con una mujer llamada la Trianera, que había arruinado á muchos hombres de buena fortuna, y le aconsejó que pusiera coto á los envíos de dinero.

Don Crisanto sonrió maliciosamente. La Trianera había arruinado á mucha gente; pero lo que es su hijo nunca había gastado me-

nos que ahora, y por lo visto, era ella la que sufragaba los gastos de la carrera al futuro médico.—Tiene mi sangre—decía para sí D. Crisanto; lo demuestra bien, hablando buscado la manera de ahorrarse á su padre todo gasto en Madrid. Hasta llegó D. Crisanto á pensar en la conveniencia de escribir á su hijo solicitando el envío de alguna cantidad, pretextando la pérdida de la cosecha por efecto de la sequía que entonces se experimentaba.

Por desgracia suya, no tuvo tiempo de madurar este pensamiento; á los pocos días del aviso del veterinario recibió una carta cuyo sobre llevaba en la parte superior un membrete que decía: *Rapina Rapiña. Agencia de negocios. Se da dinero.* Rompió el sobre precipitadamente, miró la firma, que era del propio Sr. Rapina, y leyó con espanto lo siguiente:

«Muy señor mío: Su hijo de usted, para satisfacer caprichos de la amante, me ha pedido diversas cantidades en épocas distintas, que yo le he facilitado con un módico interés. Ha hipotecado al efecto todas las propiedades rústicas y urbanas que decía poseer en Villapobre, tomándole yo, inocente de mí, por tal propietario y mayor de edad, cosa que él había acreditado con una cédula de vecindad sin dnda falsa que tengo en mi poder, y con una declaración que también poseo y que no puede ser más explícita.

«He sido, por lo tanto, estafado, puesto que acabo de descubrir que es menor y que los bienes son de usted. Si en un término prudencial (quince días) no me reconoce usted la deuda de veinte y cinco mil duros á que ascienden los préstamos y los intereses, intentaré una causa criminal y su hijo de usted irá á presidio y su padre pagará las costas.—Rapina.

«P. D. Como hace un mes que ya no le presto nada, me consta que por el mismo procedimiento ha comenzado á estafar á otro compañero de profesión.»

No es fácil describir el efecto que este documento produjo á D. Crisanto; primero se entregó á los transportes más furiosos de la rabia; hubiera matado á Benito si en aquel momento se le presente; luego quedó anonadado como si la vida se le acabase y por último cayó sobre el pavimento, presa de terrible síncope.

El médico le encontró muy grave cuando fué llamado por los criados; pero á la mañana siguiente, y después de una noche de insomnio, D. Crisanto recobró toda su energía y anunció que en el acto se iba á Madrid. Fueron vanos los esfuerzos que se hicieron para disuadirle, y sin decir el objeto, muerto de debilidad y con la cabeza ardiendo por el cúmulo de pensamientos que en ella bullían, abandonó el pueblo y ocupó un asiento de tercera en el tren que á las cuatro horas había de ponerle en la corte.

«No tengo más remedio que verla—decía rebufado en una manta, sin cuidarse de si le oían ó no sus compañeros de viaje.—Ante todo hay que cortar, porque las costas de una causa por estafa subirán atrocemente; pero si las causas son dos ó tres, la justicia me deja á pedir limosna. Estos soliloquios acababan siempre con lágrimas y suspiros, porque aunque estaba resuelto á no pagar la deuda de ningún modo, aquello de las costas lo consideraba como una desgracia irremediable.

Don Crisanto, apenas llegó á Madrid, se dedicó á investigar las señas de Clotilde la Trianera; cosa fácil, porque resultó ser una señora conocidísima en la corte, y principalmente en el restaurant del Torero, que fué donde D. Crisanto acudió en primer término.

Clotilde, cuando le anunciaron al padre de Benito, se dispuso á una escena de escándalo, de esas que á ella no le asustaban ni poco ni mucho; pero D. Crisanto se presentó humilde, suplicante, tratándola con respeto, con todo el respeto del avaro que va á evitar la merma de su fortuna.

El final de la visita mereca conocerse.
—Estoy completamente arruinado—decía.
—Pero yo no tengo la culpa, no he ido á buscarle. Él es quien me ha pedido los favores que le he otorgado.
—Usted no querrá verme pidiendo limosna con mi hijo, y eso me sucederá si sigue violando á esta casa.
—No querré; pero no puedo evitarlo.
—Usted tiene ya toda mi fortuna.
—Pero él me la ha entregado voluntariamente y solicitando mi cariño.
—La conducta de usted debía tener pens en el Código.



—Eso es una tontería.

—¿Pero usted no tiene en cuenta lo que va a ser de mí y de mi hijo, que ni podrá acabar la carrera?

—¿Y á mí qué me cuenta usted?

Don Crisanto, ante la brutalidad de la última frase, se quedó anonadado. Le parecía recordar una escena igual, pero no sabía dónde, en que se habían cruzado las mismas palabras; sobre todo, veía que para su dinero no había remisión, y como ésta era la fibra sensible de su corazón, rompió en amargo llanto.

Clotilde intentó algún consuelo.

—No llore usted —le dijo,— y sobre todo no me eche á mí la responsabilidad de la situación en que se ve Benito. La culpa de todo la tiene ese señor Rapiña. Es tan malo, que él mismo facilitó á Benito la cédula falsa con que ahora le amenaza para procesarle. Los usureros son muy malos. Aquí me tiene usted á mí, víctima de ellos también. Yo no soy trianera, ni andaluza y ni me llamo Clotilde, y es usted el primero á quien se lo digo... Soy de Villapobre. Un usurero arrebató á mi madre la fortuna... Murió del disgusto y quedamos huérfanas tres hermanas... Yo era la menor, y claro, sin padres, rodando por el mundo... ya ve usted en lo que he venido á parar... Supongo que Dios tendrá ya en los infiernos á aquel hombre mal dito... Mi hermana mayor sabía su nombre. Si yo lo supiera me alegraría, para echarle una maldición todas las mañanas.

Don Crisanto no dijo ni una palabra; saltó espantado de aquella casa.

—¡Qué lección! —exclamaba— ¡qué lección, Dios mío! ¡Qué lección... para el Sr. Rapiña! —Y voló á casa de éste para contarle su desgracia, para pintarle con un ejemplo vivo las terribles consecuencias de la usura y pedirle el perdón de los intereses por lo menos.

El Sr. Rapiña oyó con atención la historia, y sólo se impacientó al ver que le pedían el abandono de una cantidad que era ya lo más importante del débito.

—Amigo mío —le dijo,— todo eso es muy triste, pero usted quiere escarmentar con el dinero ajeno. Escarmiente usted con el suyo. Cada uno que pague sus culpas en el otro mundo y sus deudas en éste, con el interés convenido.

Y D. Crisanto volvió á su casa de Villapobre, es decir, á la del médico, y una mañana amaneció ahorcado de una viga del techo.

Los remordimientos le incitaban á dar el dinero ó la vida, y optó por lo último.

Emilio Sánchez Pastor.

*

TRES ESTADOS

NOVIO

¡Cuán bella te hizo Dios, paloma mía!
Feliz soy junto á tí; mi dicha es verte;
contigo encuentro vida y alegría;
sin tí, tristeza y muerte.
El adorarte así martirio fuera
si no me sonriera,
en medio del tormento
que en la impaciencia siento,
el porvenir hermoso que me espera.
En nuestro hogar —mi fe te lo asegura—
hallaremos los dos perpetuamente
un paraíso de eternal ventura,
sin el árbol del mal, ni la serpiente.
Nuestros hijos... ¿Te pones colorada?
¿Por qué? ¡Si ellos serán nuestra alegría
y sabrán aumentar de día en día
una dicha aún mayor que la soñada!...

MARIDO

¿Se gastó lo del mes? ¡Qué disparate!
La cocinera roba.
¿Quién se pudo sorber la media arroba
que he pagado anteayer de chocolate?
De esto tiene la culpa el desgobernado
que hay en la casa en todo.
¿Por qué gritan los chicos de ese modo?
Yo me voy. ¡Esta casa es un infierno!
Es preciso cambiar, porque, á este paso,
voy á perder el capital y el juicio.
El matrimonio es hondo precipicio...
Si yo llego á saberlo, no me caso.

VIUDO

¡Ay, la perdí!... Con ella fui dichoso.
No tengo ya quien por mi casa vele...
y pues no he de olvidarla, ya es forzoso
buscar otra mujer que me consuele.

José Estremera.

*

ZARAGÜETOMANÍA

(Á MIGUEL RAMOS CARRIÓN Y Á VITAL AZA)

Desde el venturoso día
en que Zaragüeta vi,
se ha apoderado de mí
la zaragüetomanía,
y aun de noche pienso tanto
en la nueva producción,
que con Dios me acuesto y con
Zaragüeta me levanto.

Hallo tanta cosa buena
en la comedia aludida,
que yo no he visto en mi vida
nada mejor en escena
(dicho sea con perdón
de algún criticastro huero
y sin que esto, que es sincero,
signifique adulación).

Así es que de tal manera
me ha llegado á dominar,
que cuando tengo que hablar
al sastre ó á la portera,
ó al ministro que me encumbra,
ó al barbero que me soba,
ó al tendero que me roba,
ó al sereno que me alumbrá,
venga bien ó venga mal,
siempre saco á colación
la flamante producción
de Miguel y de Vital.

En fin, estoy tan chiflado
por Zaragüeta, que ayer
me dijo Enriqueta Mier:
«¿No sabe usted que he envidiado?»
Y por decir á Enriqueta
«¡Cuánto siento lo ocurrido!»
la coatesté distraído:

«¡Vaya usted á ver Zaragüeta!»

Y á uno que me empezó á hablar
de lo buena que es su esposa,
pensando en la misma cosa,
le dije sin vacilar:

«Será buena, sí, señor,
como dos y una son tres;
pero Zaragüeta es
veinte mil veces mejor.»

¿Qué más? Hace un año entero
que busco un criado listo.
Pues bien, como no haya visto
Zaragüeta, no lo quiero.

¡Si en mis propias oficinas
cometo más de un error!
Por poner «gobernador
de las Islas Filipinas,»

he puesto en unas tarjetas:
«A don Fulano de Tal,
gobernador general
de las Islas Zaragüetas.»

Y hoy que, después de encontrarme
realmente enzaragüetado,
intilmente he tratado
de desenzaragüetarme,

teme; do estoy que mi esposa
(que no se enfada jamás),
al ver que no pienso mas
que en la comedia famosa

me va á decir: «Se acabó.
¿De celos he de morir
por Zaragüeta? ¡Eso no!
¡Basta de broma! ¡A elegir
entre Zaragüeta y yo!»

Juan Pérez Zúñiga.

NATIVIDAD BLANCO



(En la comedia *Paris fin de siglo.*)

LIBROS

Los navegantes, juguete cómico en un acto y en prosa, original de D. Domingo Guerra y Mota, estrenada con buen éxito en el Teatro Lara.

De rebuaco se titula una preciosa colección de sonetos de D. Francisco Rodríguez Marín (el bachiller Francisco de Osuneja), que acaba de darse á la estampa en Sevilla. El Sr. Rodríguez Marín es un literato de verdad, y algunas pruebas de ello ha dado en el MADRID CÓMICO, que se ha honrado en distintas ocasiones con su firma.

Impresiones, artículos de crítica de D. Federico Balart. Un nuevo libro del insigne maestro es y será siempre motivo de regocijo para los amantes de la literatura. No necesita alabanzas ni recomendaciones. Precio: 4 pesetas.

La ciudad blanca titula nuestro compañero D. Manuel S. Pichardo, director de *El Figaro* de la Habana, á la colección de unas amenísimas crónicas de viaje á la Exposición de Chicago. Precio: un peso veinticinco centavos.

Postas de D. Alfonso Romero Noriega, con una carta-prólogo de don David del Pino. Precio: 50 céntimos.

Pasatiempos, colección de poesías del notable escritor D. Enrique Labarta. Tomo IV. Precio: 75 céntimos.

El huerto, interesante y bien escrito poema de D. Luis Cánovas.

El hombre de la oreja roja es la novela que más renombre dió al popular Edmundo About; la parte científica está expuesta con un ingenio incomparable.

La Biblioteca de *El Folletín* acaba de publicarla al precio de una peseta. Los suscriptores á la Biblioteca (para serlo no se exige ni un céntimo adelantado, sino comprometerse á adquirir todas las obras que se publiquen) la recibirán con el cuarenta por ciento de rebaja, es decir, por sesenta céntimos. Fuencarral, 119, primero.



CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Anónimo.—Aparte del asunto, que vale poquito en sí, hay además algunos versos mal medidos, como aquellos que dicen:

«Tú entre risa y risa, dulce bien mío,
epálida luz la lámpara difundía.»

y otros por el estilo.

Pepe el minero.—Agradezco sinceramente su carta, y si no tuviera ya, como tengo, compromiso anterior, seguiría gustoso sus indicaciones.

Mintar.—No puedo aprovechar nada esta vez tampoco.

Cuatro sacristanes.—Opino como Juan, y... no hay más que hacer la prueba.

Motholis.—Cortito, pero malo como ello solo.

El de otras veces.—No está mal, pero para los *Chismes* es larga y para fuera de los *Chismes* es poquita cosa. En el término medio está la virtud precisamente.

Sr. D. R. E.—Zaragoza.—No; el MADRID CÓMICO no se ha ocupado de eso nunca.

Tati.—Versifica usted bien; pero el asunto no me gusta nada absolutamente.

Sr. D. M. A.—Tienen poca miga las tres. Porque son más vulgares de lo que marca el reglamento.

Emilio.—Tiene gracia la idea, pero no la creó de oportunidad á estas horas.

Catecismo.—Hombre... si no fuera porque al Ayuntamiento le sobran obreros ahora, me permitiría aconsejar á usted que pidiese una placita en la sección de alcantarillado. Porque, á juzgar por esas coplas, gozaría usted lo indecible.

Tisbe.—Romántico está usted á estas alturas...
¡Dios le duplique á usted las amarguras
por contarlas en versos tan medianos,
que no pasan en tierra de cristianos!

Sr. D. B. R.—El caso es que no le parece á usted vulgar el asunto y sí lo es. Porque las composiciones amorosas por ese estilo se han usado más de lo que parece.

Sr. D. A. M.—¡Ay, no puedo publicar
tampoco ningún cantar!

Espada.—Dios le conserve á usted el preciado don de la inocencia, para que pueda hacer epigramas para recreo de los púrvulos.

Ratita.—No se le ocurre á un melón
mandarme con interés,
como suyas propias, tres
décimas de Calderón!

La Directiva.—Los sonetos han de hacerse en endecasílabos que, además de parecerlo, lo sean efectivamente. Y no como el primero, cuarto, noveno y duodécimo del de usted, que ni lo parecen ni lo son. Aquello de «parece huérfana, cual pléyade dormida» no lo he entendido aún. ¡Y llevo pensando en ello más de veinticuatro horas!

Quevedo.—¡Cómo ha de ir, caramba! El finalito es de oro y pedrería fina.

Calabazas.—«Enfermo de unos amores
en un tiempo yo me sentí.
¡Hasta entonces no conocí
de la dicha los primores!...»

(¡Ay, señores,
ya no pasamos de aquí!)

Zaragoza.—La intención es buena, casi santa. ¡Ojalá los versos fueran como la intención nada más!

Cadena.—No se puede decir que se come usted las sílabas. Al revés, yo no sé de dónde saca usted tantas para que rebosen por todas partes.

Fernando.—Á mí me parece mala
é inútil para el servicio;
pero no sé, puesta en jaicio,
lo que diría *la Sala*.

GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS
COGNACS SUPERFINOS

JIMÉNEZ Y LAMOTHE
MÁLAGA-MANZANARES

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el extranjero por menos de un año.

Empiezan en 1.º de cada mes, y no se sirven si el pedido no se acompaña el importe.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

PRECIOS DE VENTA

Un número corriente, 15 céntimos.—Ídem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Peninsular, 4, primero derecha.

Teléfono núm. 2.160.

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO

HIGIENE DE LA CABEZA

Agua de Quina Palomar.

El Agua de Quina Palomar no tiene rival. Es el mejor tónico y reconstituyente del cabello y el único remedio que conserva perfectamente limpia y perfumada la cabeza sin perjuicio de la salud, como acontece con otras.

Esta preparación es tan pura y excelente que su superioridad es reconocida por todas las personas que tienen necesidad de

hacer uso de aguas higiénicas para la cabeza.

Fascos desde 1 peseta á 6 pesetas.

Puntos de venta: Fuencarral, 27, principal derecha. Farmacia.

Por mayor: MELCHOR GARCIA, Capellanes, 1 duplicado.

CHOCOLATES Y CAFÉS
DE LA
COMPAÑÍA COLONIAL
TAPIOCA, TÉS
50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES
DEPÓSITO GENERAL
CALLE MAYOR, 18 Y 20
MADRID

MADRID 1894.—Imprenta de los Hijos de M. G. Hernández, Libertad, 16 dup.
Teléfono 934.